



Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el cual poniendo los ojos en el capitán, cuya gentileza y rico traje le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dijo: Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho; que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa deste beneficio, sino es con el agradecimiento; y si se sufre que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé que en ser agradecido ninguno en el mundo me podrá llevar alguna ventaja. Y en esto probó á levantarse para ir á besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo cual el capitán, mandó que le llevasen debajo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hízose lo que el capitán mandó: obedeció callando el mozo, y en el capitán creció la admiración de nuevo, viéndolo levantar en pie con la gallarda disposición que tenía, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber dél lo mas presto que pudiese, quién era, cómo se llamaba, y de qué causas había nacido el efecto que en tanta estrechez le había puesto; pero excediendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

## CAPITULO II.

Dase noticia de quién es el capitán del navío. Cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él, para buscarla, á ser vendido á los bárbaros.

Reposando dejaron los ministros de la nave al mancebo en cumplimiento de lo que su señor les había mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podía el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congojosos suspiros y unas angustiadas lamentaciones que á sus oídos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento, que junto al suyo estaba, y poniéndose con grande atención á escucharlas, oyó que decían: ¡En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó á la luz del mundo; y bien digo arrojó, porque nacimiento como el mio, ántes se puede decir arrojar que nacer! Libre pensé yo que gozara de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á pique de ser vendida por esclava: desventura á quien ninguna puede compararse. Oh tú, quien quiera que seas, dijo á esta sazón el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, cuando se comunican, suelen aliviarse, llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos destas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien dellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quién las cuento. Dime si eres por ventura un mancebo que poco há hallaron medio muerto en unos maderos, que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla, donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha

levantado. El mismo soy, respondió el mancebo. Pues ¿quién eres? preguntó la persona que hablaba. Dijérame, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco há te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te diré mis males.

El capitán y señor deste navío se llama Arnaldo, es hijo heredero del rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y extraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por señora, á mi parecer, de tanta hermosura que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginación el mas agudo entendimiento puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linaje de reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas véras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser reina merecian; pero ella se defendia, diciendo no ser posible romper un voto que tenía hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la sollicitasen promesas, ó la amenazasen muertes; pero no por esto ha dejado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mujeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava, sino como reina, llegaron unos bajeles de cosarios, y la robaron y llevaron no se sabe adónde. El príncipe Arnaldo, imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los cuales cosarios andan por todos estos mares, insulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por granjería á vender á esta insula, donde dicen que estamos, la cual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los cuales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un rey que conquiste y gane gran parte del mundo: este rey que esperan no saben quién ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta orden: que sacrificasen todos los hombres que á su insula llegasen, de cuyos corazones, digo, de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la insula, con expresa orden que el que los pasase sin torcer el rostro ni dar muestras de que le sabían mal, le alzasen por su rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen ó comprar ó robar, y que la mas hermosa dellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas ó robadas son bien tratadas dellas, que solo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas,

de que los mares de las riberas destas islas abundan: y á esta causa, llevados de este interes y ganancia, muchos se han hecho cosarios y mercaderes. Arnaldo pues que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podría ser que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la cual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme á mí á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espía de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala, y concluir su venta: mira pues si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda es venir á vivir entre bárbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir á ser reina, especialmente si la corta suerte hubiese traído á esta tierra á mi señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oído, y destos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un nudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdénase á Arnaldo, y no admitiese tan gran dádiva como la de un reino: porque á él le parecía, que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle que aunque ella imaginaba que el tiempo habia podido dar á Auristela ocasion de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su patria, caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oído nombrar en las continuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle si conocia ella á aquel Periandro que decia: díjole que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido despues que Periandro por un extraño acontecimiento la habia dejado.

En esto estaban, cuando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias habia contado, la cual oyéndose llamar, dijo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hacer de mí la desdichada entrega: adios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad é impertinente profecía; que tambien estos insolentes moradores desta insula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: trajéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traído de lienzo. Subió arriba, recibióle Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las ninfas de las aguas, ó las amadriades de los montes. En tanto que esto se hacia con admiración del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponía para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo, que del razonamiento que habia tenido con Taurisa y de lo que Arnaldo le contaba tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospe-

chas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podría suceder, si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueve á servirte; que la vida que me has dado con el recebimiento y mercedes que me has hecho me obligan á emplearla en tu servicio: mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las cuales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa Auristela que buscas es una hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos há un año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y así como tan interesado en este hallazgo voy escogiendo entre otros muchos medios que en la imaginacion fabrico, este que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltara modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demas que para el efecto que se sabe los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dijo Arnaldo, y he escogido ántes á Taurisa que á otra, de cuatro que van en el navío para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dijo Periandro; pero yo soy de parecer que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interes que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Cuadráronle á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venia proveido por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa mujer que hasta entónces los ojos humanos habian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navío quedaron admirados, Taurisa atónita, el príncipe confuso, el cual á no pensar que era hermano de Auristela, el considerar que era varon le traspasara el alma con la dura lanza de los celos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante: quiero decir, que los celos rompen toda seguridad y recato, aunque dél se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho el metamorfosis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela no consintió en que preguntase primero á Periandro, quién eran él y su hermana, y por qué trances habian venido al miserable en que le habian hallado; que todo esto, segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que dél hacia; pero como es propia condicion de los amantes ocupar los

pensamientos ántes en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues cuando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la nave con flámulas y gallardetes, que ellos azotando el aire y ellas besando las aguas hermosísima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimias y de otros instrumentos tan bélicos como alegres suspendian los ánimos, y los bárbaros, que de no muy léjos lo miraban, quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco ménos de una milla llegaba la nave á la isla, cuando disparando toda la artillería, que traía mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venían de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra); y lo que en esta les sucedió se cuenta en el capítulo que se sigue.

## CAPITULO III.

Vende Arnaldo á Periandro en la isla bárbara, vestido de mujer.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero qué fuese lo que en él venía, y en señal que lo recibirían de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos, y los campearon por el aire, tiraron infinitas flechas al viento, y con increíble lijereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la mar baja, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pié por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traían sobre los hombros á una mujer bárbara, pero de mucha hermosura, la cual, ántes que otro alguno hablase, dijo en lengua polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro príncipe, ó por mejor decir nuestro gobernador, que le digais quién sois, á qué venis, y qué es lo que buscáis: si por ventura traéis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancías las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo. Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle si era bárbara de nación, ó si acaso era de las compradas en aquella isla. A lo que le respondió: Respóndeme tú á lo que he preguntado; que estos mis amos no gustan que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo cual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del reino de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de cosarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la desta doncella (y señaló á Periandro), la cual por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros sabios han dicho, bien

podeis esperar desta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bárbaros, preguntaron á la bárbara les dijese lo que decia: dijolo ella, y al momento se partieron cuatro dellos, y fueron (á lo que pareció) á dar aviso á su gobernador: en este espacio que volvian preguntó Arnaldo á la bárbara si tenian algunas mujeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta que pudiese igualar á la que ellos traían para vender: No, dijo la bárbara, porque aunque hay muchas, ninguna dellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas para ser reina de estos bárbaros, que sería la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido á la tierra, y con ellos otros muchos y su príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traía. Habíase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atencion le estaban mirando. Habló el gobernador con la bárbara, de que resultó, que ella dijo á Arnaldo, que su príncipe decia que mandase alzar el velo á su doncella: hizose así, levantóse en pié Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro capitan, dieron con él en tierra: á lo ménos así lo dió á entender el hincarse de rodillas como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen que pensaba ser mujer, y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sargas de finísimas perlas, que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo, el cual luego tomando de la mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dijo á la intérprete, dijese á su dueño que dentro de pocos dias volvería á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo ménos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro á todos los que en el barco venían, casi preñados los ojos de lágrimas, que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave que disparase la artillería, y el bárbaro á los suyos que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería y la música de los bárbaros, y llenaron los aires de confusos y diferentes sonos: con este aplauso llevado en hombros de los bárbaros, puso los piés en tierra Periandro: llegó á su nave Arnaldo y los que con él venían, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bastase para no ser della descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa, que con la señal que Periandro le hiciese se sabia el sí ó el no del hallazgo de Auristela, y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.

## CAPITULO IV.

Traen á Auristela de la prision en traje de varon, para sacrificarla; mávese guerra entre los bárbaros, y pónese fuego á la isla. Lleva un bárbaro español á su cueva á Periandro, Auristela, Cloelia y la intérprete.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el capitan un bárbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues, desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser mujer, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de escogerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen ó cumpliesen.

Así como puso los piés en la insula Periandro, muchos bárbaros á porfia le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegría le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleitoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, cuales domésticos, cuales selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguaje que él no entendia le consolaba: ordenó luego el gobernador que pasasen á la insula de la prision, y trajesen della algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza; fué obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales para que de manteles sirviesen, sobre las cuales arrojaron y tendieron sin concierto ni policia alguna de los diversos géneros de frutas secas, y sentándose él y algunos principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer y á corvidar por señas á Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pié Bradamiro, arremado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser mujer: rogó el gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, ántes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro, que dijo al capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros cuatro para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la cual traía un varon y á la mujer, guardiana de la mazmorra; cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y levantándose el capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento. Cuando llegaron, ya estaban en tierra el prisionero y la custodia: miró atentamente Periandro, por ver si por ventura conocia al desdichado á quien su corta suerte habia puesto en el mismo extremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, á causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria parecia que no dejaba verse de nadie: pero no dejó de conocer á la mujer que decian ser guardiana de la prision, cuya vista y conocimiento le suspendió el alma y le alborotó los sentidos; porque claramente, y sin poner duda en ello, conoció ser Cloelia, ama de su querida Auristela: quisírala hablar, pero no se atrevió, por no entender si acertaria ó no en ello: y así reprimiendo su deseo como sus lábios, estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El gobernador, con deseo de apresurar sus pruebas y dar felice compañía á Periandro, mandó que al momento se sacrificase aquel mancebo, de cuyo corazon se hiciesen

los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atras las manos, el cual sin hablar palabra, como un manso cordero esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo cual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba comenzó á decir: Mira, ó gran gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa mujer que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crueles bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el capitan desatarle y dar libertad á las manos y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de mujer que hubiese visto, y juzgó, aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualársele. ¿Qué lengua podrá decir ó qué pluma escribir lo que sintió Periandro cuando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitóse la vista de los ojos, cubrióse el corazon, y con pasos torcidos y flojos fué á abrazarse con Auristela, á quien dijo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡Oh querida mitad de mi alma, oh firme columna de mis esperanzas, oh prenda, que no sé si diga por mi bien ó por mi mal hallada, aunque no será sino por mi bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro; y esta razon dijo con voz tan baja, que de nadie pudo ser oída, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia, que en esta isla no hay muerte para las mujeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores; confía en los cielos, que pues te han librado hasta aquí de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aquí adelante. ¡Ay hermano! respondió Auristela (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada): ¡ay hermano! replicó otra vez, y cómo creo que este en que nos hallamos ha de ser el último trance que de nuestras desventuras pueden temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar y en semejante traje.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertía del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, pariente ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente; y así llegándose á los dos, así de la una mano á Auristela y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio, en alta voz dijo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, cuando el bárbaro gobernador, indignado é impaciente sobremanera, puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí cuantio pudo extenderse el brazo izquierdo, puso la empulgnera con el derecho junto al diestro oído, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó

á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos á cuantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido como cetero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento, porque un hijo de Corsicurbo el bárbaro, que se ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser mas lijeros sus piés que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera. Cerró el capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, ántes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad desta furia llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del gobernador: comenzaron á arder los árboles y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegábase la noche, que aunque fuera clara, se escureciera, cuanto mas siendo oscura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados, que no sabían qué hacerse, adónde irse, ó cómo valerse; y en esta sazón tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan extraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, oscura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que dél fué bien entendida, le dijo: Sigüeme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen, y así pisando muertos y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento que el paso les alijerara: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela, no permitian que al paso de su guía tendiesen el suyo. Viendo lo cual el bárbaro robusto y de fuerzas así de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete, ménos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguía: desta manera cayendo y levantando,

como decirse suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella hácia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salia: pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pié y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la oscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entónces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dijo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traído á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exhalacion que por el aire camina. Esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera: Este es mi padre, que viene á recibirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabía hablar la lengua castellana, le dijo: El cielo te pague, ó ángel humano ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traía uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fué á su hijo, á quien preguntó en castellano que qué le habia sucedido, que con tal compañía volvia. Padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza ó medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huéspedes. Guió el padre, siguiéronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pié, no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, cuando llegaron á una altísima peña, al pié de la cual descubrieron un anchísimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas; salieron con teas encendidas en las manos dos mujeres vestidas al traje bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo: ¡Ay padre y hermano mio! y la otra no dijo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y á mujeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre á su esposa y á su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron, arrojando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacia, pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba á fatigarles.

## CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fué la cena, pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa; renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las vajillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de Pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños, fueron los platos, y unas cortezas de árboles, un poco mas agradables que de coreho, fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño que de otra cualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas: volvió á sentarse con los demas, á quien el español dijo en lengua castellana desta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero, señores míos, algo de vuestra hacienda y sucesos, ántes que os dijera los míos, quiero por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los míos hubiéredes oído.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias della: echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, llegué á las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias, inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas: no tuve amistad en mis verdes años ni con Céres ni con Baco, y así en mí siempre estuvo Venus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dejé mi patria, y fuíme á la guerra que entónces la majestad del César Carlos V hacia en Alemania contra algunos potentados della; fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano: volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres que aun vivían, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mí sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo á un caballero, hijo segundo de un titulado que junto á mi lugar él de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí, con ademan arrogante y risueño, me dijo: Bravo estáis, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flándes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondí (porque yo soy aquel Antonio): Beso á vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flándes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre; así que por esto ni merezco ser alabado ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo

sea soy muy servidor de vuesa señoría, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oír el caballero: Mirad, amigo Antonio, cómo hablais, que al señor don fulano no le llamamos acá señoría: á lo que respondió el caballero, ántes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoría. Bien sé, dije yo, los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoría, señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, á modo de España; y yo por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría, y quien otra cosa dijere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado; y diciendo y haciendo, le di dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en cobro, porque me habia granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hicelo así, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion, con poco ménos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron que mi enemigo me buscaba con otros muchos para matarme del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon que lo temiese; volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi á mis padres de noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses, que habian venido llevados de su curiosidad á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo ménos las mejores ciudades della, se volvian á su patria.

Sucedió pues que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, á quien fué forzoso darle un bofetón: llamó este golpe la cólera de los demas marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojados que les vinieron á las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fué con condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hizose así, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho: agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos re-